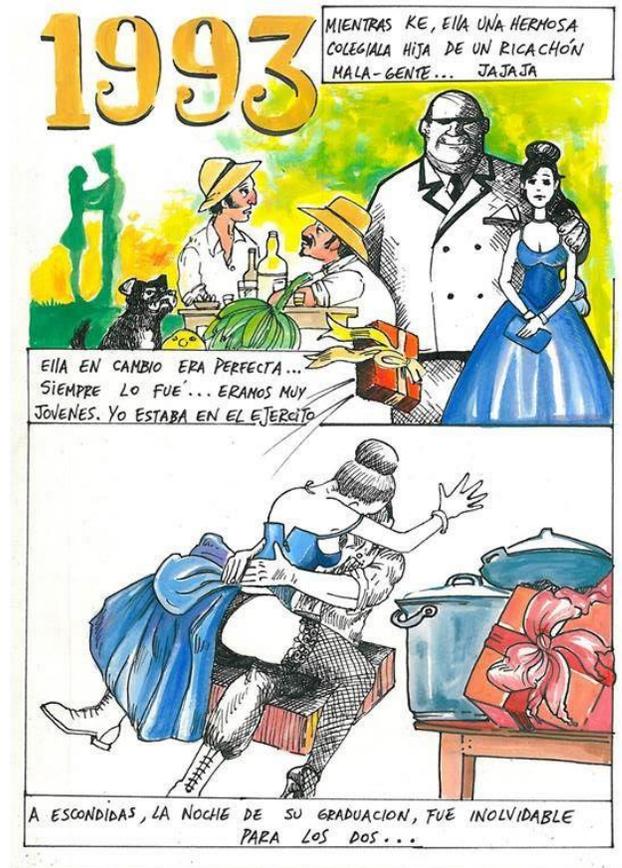


2x2 (A propósito de Aguilar de Román Ramírez).

Texto breve.

Seudónimo: Artemis



Mirar cerca a ti, lo impensable, es entender la inalienable fortuna de la observación, es ante todo presentir y presenciar la muerte como *algo* que desde niño el hombre aprende. Es hacer de la vida, nupcias, éxtasis y existencia que permiten la aparición del presente. No basta con una contemplación mística ni misteriosa de la naturaleza, y pretender trasladar este acontecimiento a la ciudad. Más bien se exige una desnudez oportuna para soportar tu dibujo. Entender que a partir de la grafía es posible lo inaudito y lo inaudible. Se desnaturaliza lo que ante los ojos del artista se vuelve anécdota. Los modelos son superados únicamente por la realidad excesiva que lo pictórico, aún como aura congelada,

puede otorgar al mundo como realización de la obra humana. Los personajes que usted ha querido trasladar a un escenario pictográfico, convulsionan, y dejan entrever la aparición del fantasma como huésped febril de lo anecdótico. Como si fuese, ante todo, dislocación del creador ante los personajes que vitaliza o neutraliza a partir de la línea, como si se tratase la imagen contemplativa de lo sagrado. No obstante, y usted lo sabe, en tanto la ciudad siga insistiendo en declararse unívocamente como la realidad, aparecerá la necesidad del arte de trasladar sus obras a la magnificación de la calle o de la plaza. Aquí, donde miles de personas han sido desterradas, aquí cuando se ofrece una escrituración de la ciudad a partir del arte, aquí cuando la toma del artista puede ser también un hecho más de violencia y desplazamiento, aquí es oportuno el juego de sus viñetas, de sus cuadros, de sus onomatopeyas. En Aguilar, el rostro es entendido como justa llegada del extranjero, del lejano, del prójimo. Así, este encuentro con *aquél* se vuelve la posibilidad de una bienvenida, una simpatía que le permite además padecer con el otro haciendo de esto una realización de su peso. Pues a diferencia de Caronte, siente el peso del otro, no convierte el paso como olvido y por lo tanto en injusticia. El acto del arte es ante todo justicia que prevalece ante cualquier ley, por eso cuando actúa sobre la ciudad, hace de su narratividad: ausencia, que ya no es pecado, ni falta, sino mera interrupción de la efectividad de la imagen. Ya sin ser el modelo hierático (el desnudo como técnica pictórica), es en el cuerpo donde se puede sentir y presenciar el cambio en el arte: lo impresentable. No el cuerpo como el templo de lo urbano y la encarnación ya que éste se *libera* de la forma como tiranía de la anécdota, densificándose en una formalidad inhumana y temporal. Es un río cuya nacencia está todavía en curso. Ante la frágil espiritualidad de lo ciudadano, usted, se somete al resquebrajamiento de la realidad gracias a que, el arte es el exceso de fuerzas y materias, sin que ello tenga en definitiva una transcendencia, pues el artista no posee una relación con Dios, y malgasta. Es una presencia desenfundada de vida que lo motiva a realizar obra, o asistir a una celebración pomposa de su existencia. Hace del arte su propio desencantamiento y ante todo, evidencia que siendo insuficiente los medios artísticos para el artista, también la obra insuficientemente narra esta presencia en el mundo. De ahí que su obra también le asalta esta falta de historicidad, ¿pues a quién habla o acude Aguilar?. No obstante, usted también es cauto, maneja bien el tanteo como manera de andar por estos lares. Su caminata implica también una sonoridad, de cuando a cuando, usted se permite

una salvedad infantil y vuelve la calle recorrido fantasmático donde el retazo es una manera de presentar la acción del otro. Los pasos, usted lo sabe, son crócalos, que también anuncian el peligro inminente, el distanciamiento, una cierta alteridad. Usted prefiere entonces llevar el peso de las lágrimas como heredad ancestral, el llanto como parte de una oración que apela a la distancia, a un cambio en el dictamen fatídico de lo divino. Sus lágrimas son justas, están medidas por una danza de expectación y éxtasis. De lo que podríamos considerar una manera diferente de ascesis en tiempos donde por cualquier modo se quiere imponer la ciudad como mundo. Es ante todo, su arte, y el arte, la cosa que ríe, un cierto modo de existir fuera de sí, como parte de un atributo humano. Y como hombre, el artista se cuestiona su razón de ser y no deja al lado su responsabilidad con la economía, como ley que se genera en la casa. No obstante, siempre tajante, la obra se le presenta como algo inaplazable y posiblemente como razón para la desaparición de la inocencia de la existencia para quien cohabita con el arte. Para quien *la lleva* como una piedra de moler, a lo que primero que se somete es su pertenencia a la ciudad. Por eso, tal vez sólo por eso, toda obra artística permite declarar la insana presencia del artista y su imposibilidad de ciudadanía. ¿Acaso eso no es la intención de su comic? Tal vez, es la razón que todo acto artístico conlleve a desintegrar la estabilidad de la polis, en tanto ésta es manera de control y centralización del poder. Ni centrífuga ni centrípeta, la *dynamis* del arte es ante todo anacronismo. Fuera de todo tiempo, o errando por exceso del mismo, la obra artística siempre muda, le confiere una posible fisura a la ciudad, o a quienes aparecen como organismos de vigilancia y estabilidad de ella. No obstante, usted es medido al entender la ciudad como un lugar, donde se puede también vivir, donde también se puede cuestionar la seguridad del locus, del color local. Pero es medido ante todo al no pretender convertir — ante el cuestionamiento del museo — la ciudad como una colección museológica, donde todo es posible volverlo ready made, land art o urban art, pues la expansión territorial de lo artístico es obsesión de colonialismo o apertura excesiva de fronteras para evitar responder responsablemente al hecho estético. Aguilar cuestiona, con su presencia, esta imagen aséptica del traslado paisajístico del arte como sucede en Pasto a partir de una estetización del desalojo y que a la vez condena al hombre a una ilusión pues pretende imitarse a sí misma, sin referentes humanos ni divinos, como homúnculo negando los orígenes y la preexistencia de todo. Antes que nada, ubicándose como génesis del

universo. El artista fractura este simulacro, aquí, inclusive con el rol de burócrata de los imaginarios. Menosprecia esta autopoiesis de la ciudad como parte de un Leteo cuyas aguas borran la memoria. Es un delincuente cuando la ciudad pretende convertir todo signo en la justificación de potestad sobre todo. Pero, usted pinta y dibuja, como un ejercicio delincuenciales sobre el discurso tedioso de la contemporaneidad. Ante la nitidez de este tedio, la sombra de lápiz y las aguadas cercenan un espacio que le viene bien al *fealing* medieval del dibujante local. Pues a la pérdida de la inocencia de la mirada, también sacrifica su racionalidad. Juega cruelmente sobre el soporte, y ahí, se siente el infante destructor. Se contenta, cuando lo invitan a una a una escenificación del arte contemporáneo pues espera ver los payasos entonar alegremente la venida de los animales. Y se desencanta cuando lo que mira es una nada insoportable. Sé que no marcha a favor del respeto animal, pero es una animalidad imposible de domesticar pese a los esfuerzos de domesticación de la ciudad sobre lo animalesco. Desde este paisajismo de muerte, puede también dibujar sobre el asfalto, pues aquí, en Pasto, el exceso implica también malgasto. El talento es malgastado pues sabe que su obra no tiene que ver con una economía del don. Y si fuese esto una consagración, se aleja de templo como influencia para entender otra sacralidad de la materia, que le viene bien, desprenderse de la divinidad. Su obra lo hace, rompe la anécdota y al dibujar mujeres usted avanza y se desintegra, se vuelve un cuerpo más, se densifica y pone en cuestión también esa gravidez como caída y condenación. Pero, usted solamente dibuja. Su violencia tiene el peso de lo matérico, pero contiene el rigor necesario de la medida. No obstante, lo urbano pretende convertirlo en hacedor de bienes, parte de su patrimonio, cercado por las fronteras de la política y la compasión. Hace de usted el vigoroso genio cuyo deber está en darle pan espiritual a una humanidad en ofuscación estética. Es la ciudad el triángulo de Kandinsky que el artista debería halar para su grandeza espiritual. Pero, usted es sordo ante los acontecimientos históricos, siente que el tiempo de la obra es ante todo la imposibilidad de asistir a tiempo a las revoluciones, a las vanguardias, a las modas artísticas. Por eso no es un cronista del mundo, es parte de una ley moral tan fuerte que puede volverse estilo. No obstante, no pretende convertir la ciudad en la plantilla de su nostalgia cuyo traslado de personajes la hace susceptible de violentaciones. Por eso le viene bien su insistencia figurativa, pues el artesanato es antes que nada, honestidad y abdicación frente a ciertas fuerzas que matéricamente se presentan

en la obra. Después de todo usted hace de la literalidad del arte algo mítico fuera inclusive de la colectividad. No hace minga pero entiende la justicia como acto comunitario. No obstante, es una etnia en sí, insostenibilidad de voz, ironía con todo, indisciplina trepidante. No pertenece a la ciudad, tampoco puede encerrarse en un cubo, ni medirse 2x2 como insisten los concursos de arte. Usted ama. Solamente hace obra a través de su propio hechizo.